

DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO (C)
Homilía del G. Carlos-Xavier Noriega, monje de Montserrat
4 de noviembre de 2012
Mc 12, 28-34

El fragmento del Evangelio que acabamos de escuchar forma parte de un conjunto de controversias entre Jesús y algunos representantes del judaísmo oficial, que tiene lugar en el atrio del templo de Jerusalén pocos días antes de su pasión. Hasta ese momento varios grupos le habían cuestionado sobre su autoridad, sobre el tributo al César y sobre la resurrección de los muertos. En la presente escena un maestro de la ley hace una pregunta atrevida a Jesús: *¿Qué mandamiento es el primero de todos?*

Tal como nos la relata el evangelista Marcos, no debemos ver en esta pregunta una intención capciosa. De la forma en que se desarrolla la conversación no podemos dudar de que el maestro actuara con recta intención; ni tampoco era una cuestión trivial. En su afán de no despreciar el más mínimo precepto de la Ley, los judíos contemporáneos de Jesús habían confeccionado una lista de 613 prescripciones, a las que había que añadir un largo listado con infinidad de otras normas para asegurarse su riguroso cumplimiento.

La respuesta de Jesús, en un principio, no deja de ser académica: *Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser.* Palabras que todo buen judío conoce de corazón, pues las recita un par de veces al día en su oración ritual. Pero la sorpresa aparece cuando Jesús, sin ser preguntado, añade que junto a éste existe otro precepto igualmente importante: el del amor al prójimo. La novedad de la respuesta no es porque se desconociera el precepto del amor al prójimo, que ya se encuentra en el Antiguo Testamento, sino porque lo sitúa al mismo nivel del primer mandamiento y no como algo secundario, como hasta entonces sucedía. Para los judíos, el primer mandamiento superaba infinitamente al segundo y se practicaba por separado de él. La originalidad de Jesús consiste en ser el primero que unió en teoría y práctica ambos preceptos hasta el punto de hacer de ellos un único mandamiento.

En efecto, amor a Dios y amor a la persona humana constituyen de esta manera las dos caras de una misma moneda. Ambos son inseparables, hasta el punto que podemos decir que son dos vertientes de un mismo y único amor. No podemos amar a Dios y menospreciar al prójimo y, viceversa, para estimar verdaderamente al prójimo sólo lo podemos hacer desde Dios, pues este amor es el resultado del primero.

Pero este mandamiento no puede quedarse en el nivel teórico. Es fácil querer llevarlo a cabo y que al final no se concrete en nada. De hecho, mucha gente de hoy en día puede pensar que sólo es una idea simplista, cuando no farisaica o de imposible cumplimiento. En su primera encíclica el Papa Benedicto XVI nos recuerda que la palabra amor es tan usada que, a veces, ha perdido su sentido. Así pues, el precepto del amor al prójimo, ¿puede significar algo en un mundo individualista, competitivo y donde sólo aquellos que han llegado al culmen del éxito pueden considerarse prestigiosos?

El hermano Roger de Taizé habla, en uno de sus libros, de la violencia de los pacíficos. Nos dice que toda persona, cristiana o no, lleva en sí la violencia, y que lo que nos diferencia es el uso que hacemos de ella. He aquí por qué parece necesario, si deseamos que la palabra amor no tome un sentido desvirtuado, que tengamos que hablar de la violencia del amor como opción necesaria para aquellos que quieren llamarse cristianos. Violencia entendida como fuerza que rompe inercias personales,

que nos mueve a dar un paso adelante hacia el necesitado, a levantar la voz, pacíficamente pero con firmeza, cuando la situación lo requiere.

Esta violencia nos pide una profunda purificación interior, una ascesis permanente para poder ir a menudo contra corriente, un espíritu de sacrificio para superar las dificultades que el mundo nos impone, una renuncia de la propia comodidad para salir al encuentro del otro; exige el testimonio de los hechos, más que de las declaraciones, la valentía del compromiso ante la comodidad de la autosatisfacción. Si los que nos llamamos cristianos nos ausentamos de esta lucha, ¿podemos decir que se cumple el mandamiento del amor a Dios y al prójimo?

Los primeros cristianos se llamaban sencillamente hermanos. Tenían un solo corazón y una sola alma, tal como leemos en los hechos de los Apóstoles. Incluso los paganos decían "Mirad, cómo se aman". No sé si aquellos que hoy en día no se sienten cristianos podrían decir lo mismo de nosotros. Y en cambio, el milagro que necesita nuestro mundo en crisis es el milagro del amor y de la fraternidad que los cristianos podemos aportar.

Y si cada uno de nosotros intentamos hacer eso, estaremos cerca del Reino.